

Hallazgos arqueológicos recientes cambian radicalmente la historia del Uruguay prehispánico y sus primitivos pobladores.

Los cerritos de indios

3

FICHAS DIDÁCTICAS

La historia guardada bajo tierra

La investigación arqueológica

LA ARQUEOLOGÍA es la disciplina científica que reconstruye la vida de los pueblos estudiando las modificaciones que han causado en su entorno y los objetos que construyeron y han perdurado. Para las Américas, el lapso que cubre esa historia excede los diez mil años.

Un arqueólogo sabe que a medida que va excavando, destruye parcialmente el registro que han dejado los pueblos que estudia. La excavación arqueológica no es la simple operación de remover la tierra en busca del valioso objeto que nos ilumine milagrosamente sobre el pasado. Esto sólo sucede en las películas. La excavación arqueológica es una tarea delicada, minuciosa y sumamente lenta, para recuperar el mayor número posible de evidencias y lograr registrar el máximo de información que sólo está al alcance del especialista. En ella se utilizan cucharines, espátulas y pinceles con más frecuencia que palas y, casi nunca, picos.

Desde el hallazgo de un objeto hasta su interpretación hay una compleja serie de operaciones. Frecuentemente el hallazgo, por ejemplo de un hueso, antes de recuperarlo exige medidas para que al extraerlo no se destruya (consolidación). Luego se registra (fotografías, dibujos, video) y se ubica e identifica con un número. Posteriormente se acondiciona para ser transportado al laboratorio. Una vez en él puede comenzarse su análisis o puede ser necesario derivarlo a otro científico para su estudio, por ejemplo a un zoólogo, para determinar el animal al cual pertenecía el hueso. A cada paso de la investigación el arqueólogo está conjugando la información que se produce, como quien arma un rompecabezas. Cada pieza es importante: un hueso nos hablará de los animales que se cazaban, una escama nos dirá que se recurría a la pesca, un pequeño fragmento de carbón nos permitirá saber en qué tiempo ocurrió todo esto.

Autores: Roberto Bracco (pp. 1-20)
José López Mazz (pp. 21-23)

Fotos: Roberto Bracco
Carlos Fagetti
José López Mazz
Leonel Cabrera

Director de PROBIDES: Álvaro Díaz Maynard
Comité

de Publicaciones: Álvaro Díaz
Luciano Álvarez
Francisco Rilla
Gabriela González
Sonia Kunatov

FICHAS DIDÁCTICAS es una publicación del Programa de Conservación de la Biodiversidad y Desarrollo Sustentable en los Humedales del Este (PROBIDES), Rocha, Uruguay

Realización: PRODUCTORA EDITORIAL
Paraguay 1170, Montevideo

ISSN 0797-826X
Depósito legal: 294.173-95

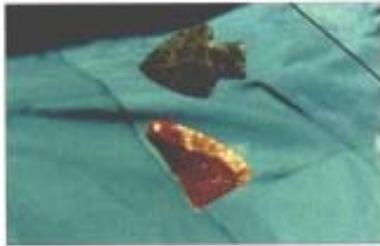
Se prohíbe sin excepción la reproducción parcial o completa de esta obra sin autorización de los editores.

Los cerritos de indios: otra historia de los primeros “orientales”



Generaciones y generaciones de uruguayos aprendieron en la escuela que los indios que habitaron estas tierras antes de la llegada de los europeos fueron salvajes y primitivos cazadores de los cuales sólo cabía destacar su fiera. Sin embargo, hallazgos arqueológicos recientemente realizados* en el departamento de Rocha cuestionan severamente aquellas teorías. El estudio de los llamados *cerritos de indios* podría cambiar radicalmente la historia oficial del Uruguay prehispánico y sus primitivos pobladores.

* Estas investigaciones se han realizado en el marco del Proyecto de Rescate Arqueológico de la Cuenca de la Laguna Merín impulsado y financiado por el Ministerio de Educación y Cultura. Han participado y colaborado el Museo Nacional de Antropología, la Comisión de Patrimonio, el Laboratorio de Datación por ¹⁴C, la Intendencia Municipal de Rocha, la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, y PROBIDES.



800 cerritos y 3.500 años de historia humana

Un siglo de exploración de los cerritos

Desde 1986, en ocasión del inicio del rescate arqueológico de la Laguna Merín, se ha comenzado a estudiar de manera sistemática la prehistoria rochense. Con anterioridad diversos investigadores se habían interesado por la arqueología de estas tierras inundables. Desde el pionero José Enrique Figueiras, que a fines del siglo XIX estableciera a la escuela rural como plataforma de la investigación arqueológica, pasando por Carlos Ferrés en la década del veinte, hasta las más cercanas investigaciones de los años sesenta y setenta (Schmitz, Prieto, Santos, Femenías y Bosch, Baeza), los cerritos de indios acaparan la atención en estas tierras bajas.

EL VIAJERO que recorra Rocha - especialmente los bañados de India Muerta, San Miguel y Pelotas, así como Paso Barrancas- seguramente será atraído por la presencia de pequeñas elevaciones que frecuentemente superan los dos metros y son muy visibles en tierras llanas. Son los cerritos de indios.

Muchas veces los árboles crecen sobre ellos, lo que los hace contrastar aún más fuertemente con su entorno de vegetación no arbórea.

Como son fáciles de distinguir, estos sitios arqueológicos son vulnerables y han sido afectados. Sobre algunos de ellos se han construido galpones o puestos, otros han servido para plantar maíz o zapallo y otros se han destruidos para dejar paso a los arrozales.

Sus emplazamientos están íntimamente vinculados a áreas bajas, planicies, esteros y bañados.

En ellos los arqueólogos han encontrado recurrentemente restos humanos, por lo que se deduce que tenían un fin funerario, sin excluir otros posibles usos en algún momento de su ocupación.

El hecho de que los indios elevaran este tipo de construcción con fines de culto revela un grado de complejidad sociocultural que hasta ahora se desconocía en los antiguos pobladores de esta tierra. Aquellos indígenas no eran típicamente nómadas, como se creía, sino que ocupaban ciertos sitios durante un largo tiempo para luego marcharse, practicando una especie de "sedentarismo dinámico".

Cuando el estrecho fue puente: los primeros americanos

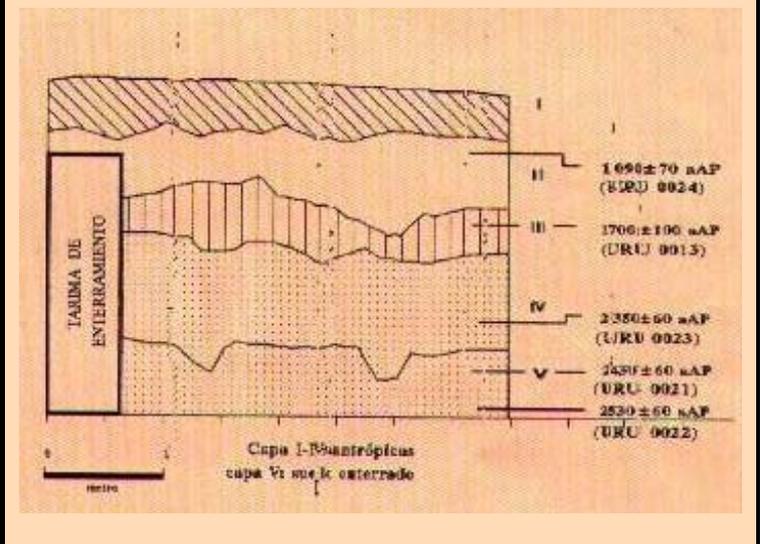
El continente americano fue el último gran espacio de la Tierra, más allá del círculo polar, conquistado por el hombre. Hace unos doce mil años, bandas de cazadores cruzaron el estrecho de Bering, desde Siberia a Alaska, y quizás a algún otro punto de la costa oeste de Canadá. A su frente tenían un cuarto de la superficie habitable del globo: más de 65 millones de km² de tierra nunca pisada por un ser humano. Posiblemente, una simple pero eficiente tecnología de caza se conjugó con una fauna exuberante y desprevenida frente al nuevo depredador, para permitirle una marcha acelerada hacia el Sur, hasta la Patagonia.

El territorio de nuestro país no fue ajeno a esta colonización humana ni a los posteriores procesos de desarrollo y diversificación cultural que se dieron durante los diez mil años que duró nuestra prehistoria. Los sitios arqueológicos más antiguos de nuestro territorio se encuentran en el norte del país.

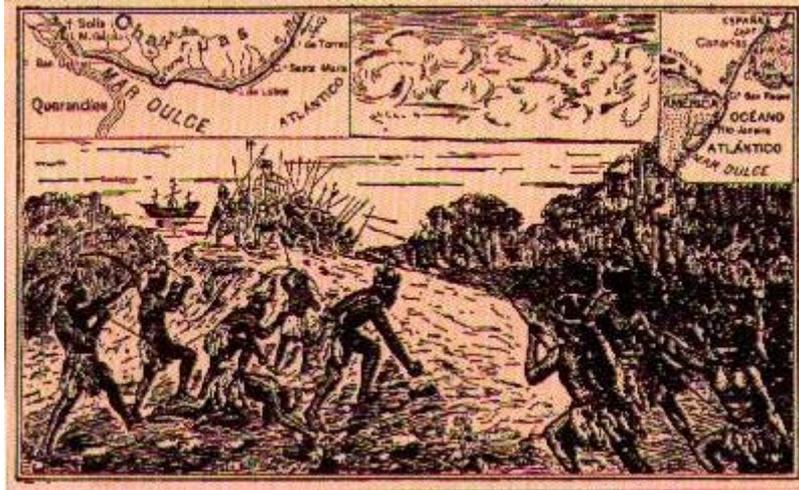
En la región este, los hallazgos más antiguos son los de Cabo Polonio y datan de unos cinco mil años. Posiblemente hubo poblaciones anteriores de las cuales aún no se han descubierto vestigios.

Secuencia de construcción de un cerrito

Si pudiéramos cortar un cerrito de indios como una torta, veríamos que está formado por una sucesión de capas superpuestas y paralelas que acompañan su curvatura. Cada una de estas capas corresponde a un "evento de construcción". Los cerritos no fueron hechos de una vez. Fueron creciendo en tamaño por sucesivos niveles de tierra que se superpusieron en tiempos muy distintos. En la pared de las excavaciones se puede reconocer esa sucesión de capas –la estratigrafía– que muestra cuántas etapas de construcción ha tenido.



Algo más que belicosos charrúas



Los viejos textos de Historia Patria nos exponen una imagen extremadamente simplificada de los grupos indígenas que vivieron en estas tierras. El conocimiento general sobre estas culturas se reduce a unos cuantos nombres de los posibles pueblos que habitaban estas tierras: charrúas, chanaes, yaros, bohanes, minuanes, etc. El estereotipo es el belicoso charrúa montado a caballo y con una lanza que remata en una punta de hierro en forma de medialuna.

Aun si se aceptara esta simplificación, debe tenerse en cuenta que los charrúas adoptaron el hierro y el caballo de los españoles y portugueses. Su vida era posiblemente mucho más tranquila antes de que adaptaran su economía al impacto producido por la introducción de la ganadería. A partir de entonces se convirtieron en indios ecuestres, pasaron a ser parte importante de la explotación y comercialización -contrabando las más de las veces- de esa riqueza ganadera, al tiempo

que intervenían en los conflictos entre lusitanos y españoles primero y luego en las batallas de la independencia.

La situación cultural antes de la nueva realidad impuesta por la presencia hispano-lusitana era muy distinta. Si bien aún no conocemos con detalle todas las formas de vida que se dieron durante más de diez mil años en nuestro territorio, las investigaciones arqueológicas nos están presentando un panorama muy distante de aquella visión simple y clásica de nuestros primitivos.

Si bien no sabemos quiénes eran ni cómo se llamaban a sí mismos, es claro que "nuestros primitivos" de la región este se organizaron en grupos relativamente numerosos, tenían niveles de sedentarismo bastante altos, quizás con aldeas permanentes o semi-permanentes, construyeron monumentos donde enterraron a sus muertos y seguramente desarrollaron su vida religiosa.

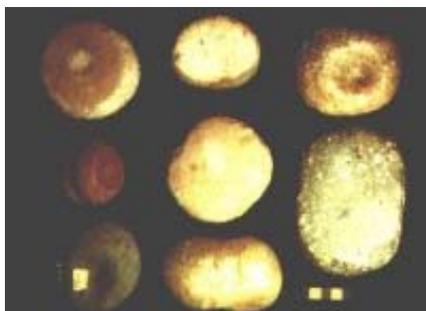


▶ Recipiente de cerámica del s. V a. de C.

Cazando y pescando en el Polonio

Hacia el tercer milenio antes de nuestra era, quizás antes, pequeños grupos humanos se instalaban en las playas y en las puntas rocosas de Rocha para cazar la rica fauna marina y continental. En aquella época la costa estaba aproximadamente donde hoy la conocemos, aunque el nivel del océano se situaba cinco metros por sobre el nivel actual. Este ascenso del nivel del mar fue la culminación de un largo proceso de ingresión marina que comenzó hace unos dieciocho mil años, cuando el océano estaba más de cien metros por debajo de su nivel actual.

El avance de las aguas sumergió, frente a la costa atlántica de nuestro territorio, una extensa superficie equivalente a un cuarto del Uruguay. Como resultado se fueron configurando las lagunas litorales y los bañados, hasta transformarse en el paisaje que conocemos. El hombre fue testigo de esos grandes cambios y a ellos debió adaptar su forma de vida.



Un gesto cultural frecuente

Con la precaución de que muchas conductas humanas son superficialmente similares pero diferentes en su contenido, los arqueólogos, para poder reconstruir las costumbres de los pueblos prehistóricos, estudian las costumbres de los pueblos indígenas actuales. Muchas veces sólo conocemos esas tradiciones en forma incompleta a través de viejos relatos de conquistadores, viajeros o naturalistas, pero igualmente son una invaluable fuente para imaginarnos qué fue lo que sucedió en el pasado. Luego, las evidencias recuperadas en las excavaciones deben probar que nuestra imaginación, alimentada por esos relatos, se ha acercado a la realidad que estudiamos.

Sabemos que diversos pueblos indígenas americanos han construido túmulos o montículos a lo largo de su historia. Los kaingang, un pueblo que vivió hasta hace pocos años en el sur brasileño, así lo hacía.

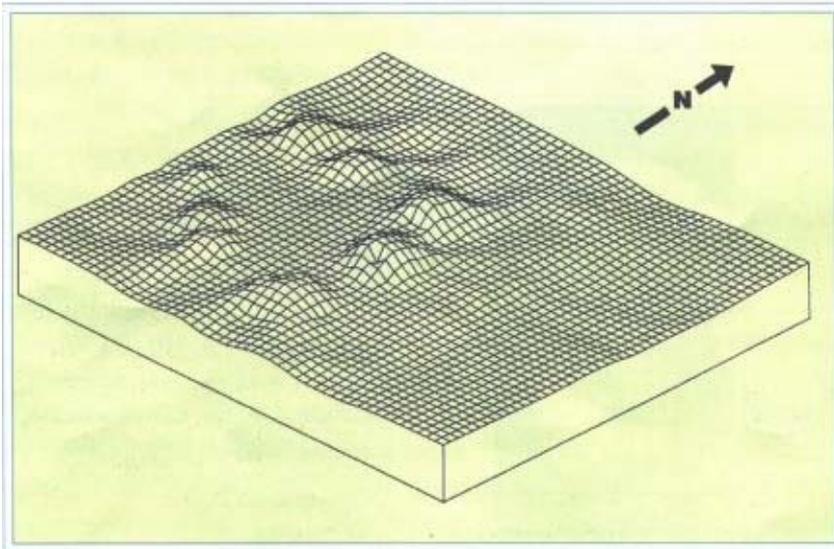
“Los kaingang siempre tuvieron cementerios [...] los cuidados con que antiguamente erigían los túmulos cónicos de 2 a 3 metros de altura, prueba la gran importancia que daban a los muertos”. (H. Baldus: “O culto a os mortos entre os Kaingang de Palmas”, en Ensayos de Etnología Brasileira, Serie 5, v.101, 1937, pp. 29-69).

La cultura de los “constructores de cerritos”

Las poblaciones prehistóricas que habitaron la Cuenca de la Laguna Merín, desde el segundo milenio antes de Cristo, se caracterizaron por erigir miles de peculiares monumentos: los cerritos de indios. Lugar de enterramiento, estas simples construcciones de tierra, de forma monticular, llegan a alcanzar en algunos casos más de seis metros de altura y cuarenta metros de diámetro en su planta.

En cuanto a cantidad y tamaño, la expresión más importante de cerritos se halla en el extremo sur de la cuenca de la Laguna Merín, en el departamento de Rocha. Más de ochocientos se sitúan en los bañados o en parajes directamente vinculados con estos, al sur del Río Cebollatí.

▼ Representación tridimensional de un sector del conjunto de cerritos de Los Ajos.



Más allá de los “pies mojados”

Durante las décadas del sesenta y setenta los cerritos de indios fueron intensamente investigados por arqueólogos brasileños. Según sus hipótesis, eran plataformas construidas por pequeños grupos de cazadores-pescadores, para mantenerse a salvo de las periódicas inundaciones que afectaban las áreas bajas, cuya ocupación se había privilegiado por su riqueza de caza y pesca.

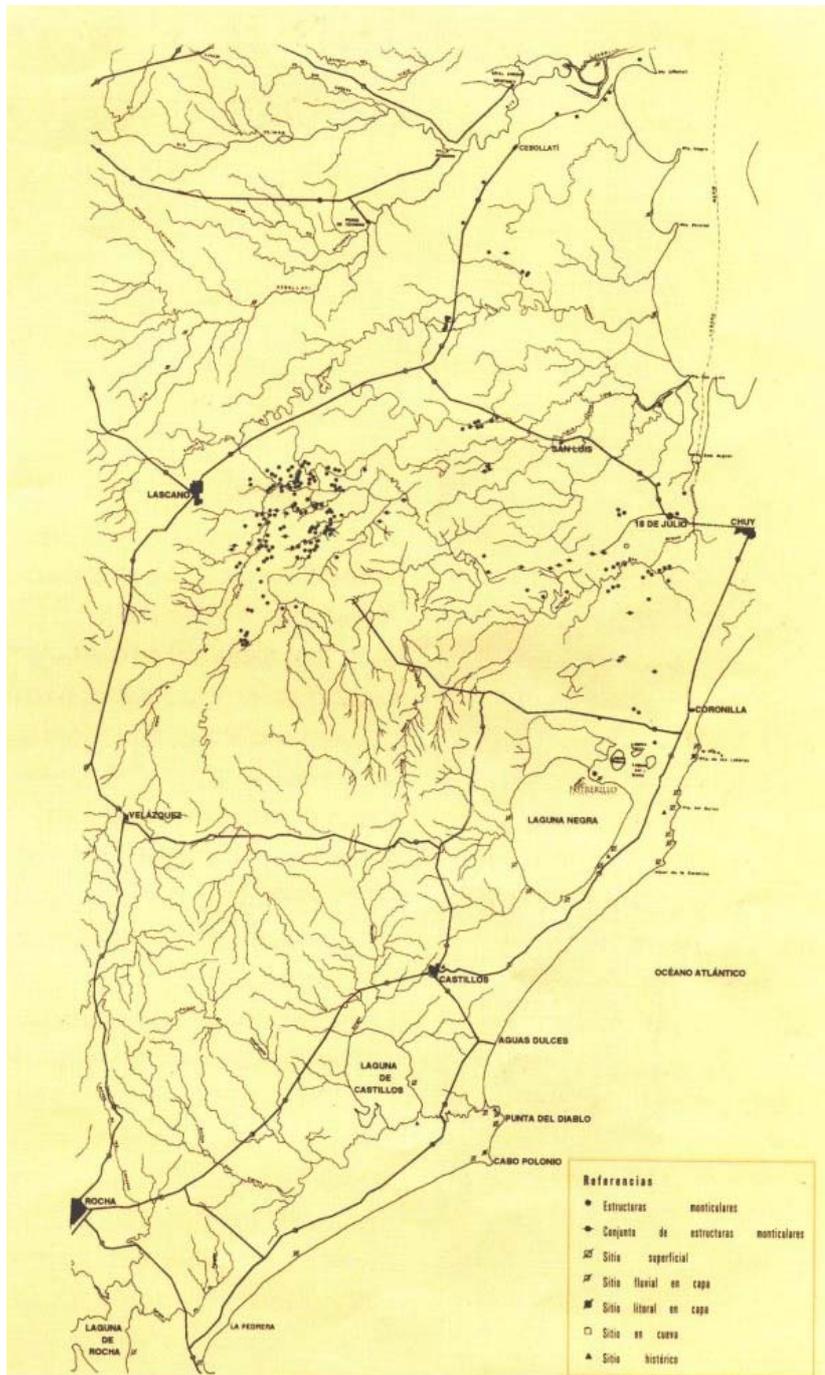
Sin embargo, esta explicación no resulta satisfactoria. Su más inmediata contradicción la constituyen los cerritos localizados sobre sierras y lomadas. Por otra parte, es más fácil y económico desplazarse desde el llano a una altura que construir un cerrito en sus proximidades.

Tampoco es concordante con sociedades organizadas en pequeños grupos la cantidad de trabajo -medido en contextos de tecnologías tradicionales- que significa una acumulación tan importante de tierra (en muchos casos más de 1.500 m³), multiplicada, muy frecuentemente, por varias estructuras monticulares.

En efecto, los cerritos de indios rara vez se encuentran aislados. Los grupos pueden llegar a estar compuestos hasta por cincuenta cerritos, como es el caso del agrupamiento del extremo septentrional de la Sierra de los Ajos.

Asimismo, la presencia recurrente de enterramientos humanos en la parte central de los cerritos de indios y la comprobación de que el área donde se desarrolla el campamento abarca una extensa superficie de la zona adyacente a los propios cerritos, invalida una interpretación ingeniosa pero ingenua, que sólo relaciona el gesto de elevar el terreno con las inundaciones que lo afectan.

Si observamos la ubicación de las estructuras monticulares y las características del paisaje podemos ver claros patrones de distribución. En las zonas bajas, de planicie, es muy frecuente que los encontremos muy cerca de un curso de agua, sobre el segundo nivel del terreno, aquel escalón que solamente en ocasiones excepcionales es cubierto por las aguas cuando el curso desborda.



En las zonas altas, sobre las sierras, aparecen en grandes agrupamientos emplazados en las lomadas suaves, que constituyen las últimas estribaciones de la sierra, rodeadas de bañado. En esta posición geográfica se ordenan sobre una ancha franja, siguiendo el eje mayor de la lomada hasta casi llegar al bañado, en su extremo.

La investigación arqueológica en los cerritos



La reconstrucción arqueológica de los diferentes aspectos de la vida prehistórica es una tarea lenta y a veces necesariamente muy ingeniosa. El arqueólogo cuenta sólo con los elementos materiales que han dejado las culturas pretéritas y lucha contra el paso del tiempo que insiste en modificar y deteriorar este registro material de comportamientos y costumbres.

Algunos aspectos de las conductas humanas son más relevantes que otros y por ello son tratados con más atención. Por ejemplo, los modos de producción de alimentos son claves en la estructuración de un sistema sociocultural.

Para la prehistoria de la Cuenca de la Laguna Merín no tenemos la suerte de disponer de pruebas concluyentes. Se cuenta, sí, con un rico registro de las especies animales que se consumieron. Los cerritos han sido construidos con tierra y con los desperdicios de la actividad doméstica.

Dentro de su sedimento hallamos trozos de carbón de los fogones, restos de herramientas de piedra, fragmentos de los recipientes de cerámica y un número muy importante de restos óseos de animales, los “desperdicios de la cocina”, los que reflejan un vasto empleo de la riqueza y diversidad del humedal.

Pero este registro tan generoso en cuanto a fauna, se presenta avaro en lo florístico. Sólo fragmentos quemados de coquitos de palma (pindó y butiá) han podido ser recuperados en las excavaciones. Esto nos deja varias preguntas abiertas: ¿Qué otros recursos vegetales consumían? ¿El cultivo estaba presente en la economía de los constructores de cerritos? Y si la respuesta fuera positiva, ¿cuánto de la cosecha pesaba en la producción total de los alimentos?

Dos han sido las vías elegidas para aportar información en estos aspectos: silicofitolitos y reconstrucción de la dieta por análisis de isótopos estables.

El sistema de los silicofitolitos

Los silicofitolitos son cuerpos sólidos, microscópicos, de apariencia vítrea, transparentes, que se encuentran principalmente en los tallos y hojas de los vegetales. Luego de la muerte de la planta quedan integrados al sedimento.

Existen muchas formas diferentes de silicofitolitos para cada vegetal. La identificación de estas aporta información para reconocer las plantas presentes en los ambientes pretéritos y particularmente de vegetales domesticados en sitios arqueológicos.

La composición química de los silicofitolitos asegura su perdurabilidad en los contextos arqueológicos adversos para la conservación de otros restos vegetales. Por esta razón su estudio se ha transformado para la arqueología del este en una técnica alternativa frente a la imposibilidad de aplicación de otras "técnicas paleo-etno-botánicas tradicionales" tales como el estudio del polen, utilizado habitualmente para conocer las comunidades vegetales que existieron en el pasado.

La horticultura que desarrollaron los indígenas americanos se caracterizaba por utilizar un amplio conjunto de plantas domesticadas (cultívenos). Dentro de este complejo de cultívenos se destacan, por su valor económico y -no casualmente- por su gran difusión, tres familias vegetales: cucurbitáceas (zapallos en todas sus variedades, *phaseolus* (porotos, alubias, etc.) y maíz. De estos se han identificado silicofitolitos característicos, con formas propias para cada uno.

En sedimentos procedentes de estructuras monticulares se han encontrado silicofitolitos con formas extremadamente similares a



▲ Punta realizada en hueso de cérvido (longitud 17 cm)

▼ Silicofitolito de palmera (diámetro: 40 micras)





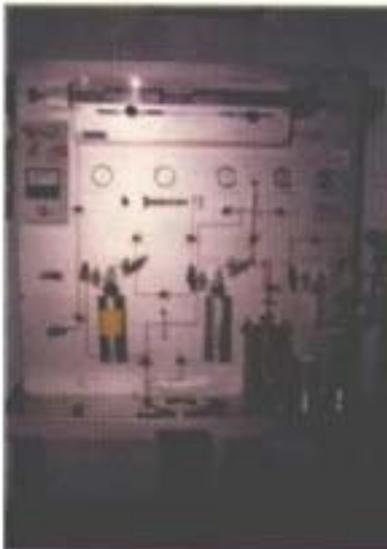
las asignadas a *phaseolus*, cucurbitáceas y maíz. Estas investigaciones están en una etapa inicial, por lo cual debe tenerse mucha cautela. Todo indicaría que esos

vegetales estaban presentes y, consecuentemente, que ellos fueron cultivados.



Un menú escrito en los huesos: el sistema de los isótopos

Laboratorio de datación ^{14}C



Los organismos continentales (animales y vegetales) se pueden diferenciar, en forma general, de los organismos marinos por la relación de los isótopos del carbono ($^{13}\text{C}/^{12}\text{C}$) que se encuentran presentes en sus tejidos. Esta diferencia en la relación de los isótopos del carbono se genera en el primer nivel de la cadena trófica (plantas) y se extiende a los siguientes: herbívoros, omnívoros, carnívoros. Desde esta perspectiva, los organismos marinos y continentales tienen una “marca de clase” dada por lo que comen; conservan un registro isotópico de su dieta en sus tejidos. Un ser humano que base su dieta en la pesca y caza oceánica presentará en sus tejidos un registro isotópico cercano al de los animales marinos, a diferencia de otro congénere que realice una dieta basada en ciervos y plantas continentales, el cual mostrará la relación $^{13}\text{C}/^{12}\text{C}$ propia de los animales terrestres.

Si no hubiera excepciones sería muy fácil conocer la dieta de los grupos prehistóricos leyendo su menú isotópico en la fracción orgánica que se conserva en sus huesos -que son las piezas humanas que con más frecuencia recuperamos en los sitios arqueológicos-. Pero hay plantas continentales que presentan un registro muy similar al de los comensales marinos. Algunas de estas no tienen mayor valor económico pero otras sí, como por ejemplo, el maíz. Un grupo pescador oceánico presentará un registro isotópico muy similar, indiferenciable, de un grupo horticultor, para el cual el maíz es un componente importante de su dieta.

¿Más de un pueblo?

La proximidad entre los sitios con cerritos ubicados en la zona de planicies y los sitios costeros sobre el litoral oceánico en el departamento de Rocha, y la coincidencia en el período de ocupación hizo pensar que estábamos frente a la utilización de dos ambientes diferentes por parte de un mismo grupo. Pensamos que los constructores de cerritos realizaban incursiones a la costa para cazar el lobo marino y posiblemente la corvina negra, dos especies cuyos restos óseos están presentes con muy alta frecuencia en los sitios del litoral atlántico.

Si la interpretación era correcta, si los sitios de la costa y los del continente eran parte de un sistema de explotación de recursos ensayado por un solo grupo, el registro isotópico de los miembros de esta población tendría que mostrar valores cercanos a los que mostraban los animales marinos. A su vez, si esto ocurría así, no podíamos descartar la posibilidad de consumo de maíz, ya que su presencia también podría haber ayudado a que se desplazaran los valores isotópicos en ese sentido.

Los resultados de los análisis realizados para los enterramientos humanos de cerritos de indios fueron concluyentes, pero en el extremo opuesto a lo esperado. Los indicadores corresponden a poblaciones que no consumieron grandes cantidades de recursos marinos y para las cuales tampoco el maíz ha sido un elemento importante en su dieta.



Piedra con hoyuelos o rompecoco. Muy posiblemente su función fuera quebrar el coquito de la palma para consumir su almendra.





Ante estas evidencias debemos pensar que los recursos oceánicos no eran importantes en su dieta o que los sitios de la costa -donde hay un registro faunístico claro de consumo de recursos marinos (lobo marino y peces)- corresponden a otro pueblo, vecino de los constructores de cerritos. Pero también, por otra parte, es necesario explicar las evidencias de cultivo que nos proporcionan los silicofitolitos encontradas en las estructuras monticulares. Para ello debemos diferenciar entre la presencia de un elemento y la incidencia que éste pudo haber tenido en el conjunto total de lo que se produjo para comer.



¿Los constructores de cerritos eran cultivadores?

Las investigaciones no han proporcionado hasta ahora -prescindiendo de los silicofitolitos- evidencias sobre una economía basada en el cultivo, para las poblaciones prehistóricas del Este. Aunque los silicofitolitos nos indican la presencia de tres tipos de cultígenos, la falta de elementos necesarios para el procesamiento masivo -número importante de molinos- y para su conservación --estructuras de almacenamiento-- nos lleva a pensar que, aunque algunas plantas se cultivaran, su producto no constituyó un elemento importante, en cantidad y calidad, dentro de la dieta. Esta línea de argumentación permite armonizar las diferentes líneas de evidencias. ¿Por qué no cultivaban más, si sabían hacerlo? Para ensayar una explicación es necesario descartar un mito. Contrariamente a las explicaciones tradicionales, es muy probable que todos los grupos cazadores colectores, a los que el conocimiento minucioso de la naturaleza resultaba fundamental para la subsistencia, conocieran los principios de la agricultura.



En efecto, muchos prehistoriadores ya no ven hoy el inicio y la adopción del cultivo como una “genialidad”, sino simplemente como una opción económica. Se comenzó a cultivar cuando ello fue una alternativa más beneficiosa que las otras alternativas económicas disponibles. A su vez es posible pensar -y hay muchos grupos indígenas que así lo hicieron- en sistemas de producción de alimentos mixtos, en los que se opta por un cultivo restringido como complemento. Cultivar es una opción más en una gama mayor de formas de satisfacer las necesidades de alimentación. Su beneficio o ventaja no está en la cantidad sino en la predictibilidad (la cosecha puede ser buena o mala, pero no se mueve como lo hacen las presas y está pronta para su colecta en una fecha más o menos precisa).



El secreto del menú, el secreto del *chef*

Tratemos de imaginar cómo una población puede satisfacer sus necesidades de alimento en un ambiente como el de la Cuenca de la Laguna Merín, donde los recursos faunísticos presentes son abundantes y diversos, y donde hay recursos vegetales como por ejemplo la palma de butiá, de gran riqueza en cantidad y productividad. Ayudemos a nuestra imaginación con los indicios que se han recuperado en los sitios arqueológicos: los restos de fauna, los coquitos de palmera, los silicofitolitos y la dieta registrada sobre los huesos.



Con un limitado esfuerzo, siendo un hábil cazador y consecuente colector, se puede alcanzar una dieta muy rica en cantidad y también en calidad. Con un pequeño esfuerzo suplementario es posible paliar aquellos meses o años menos propicios, dedicando algún tiempo a una pequeña parcela de cultivo. Este sistema, con pequeñas variaciones,

parece haber sido la forma con que los constructores de cerritos solucionaron durante milenios sus necesidades de alimentos; por mucho tiempo y para muchas bocas...

Instrumentos realizados en hueso.



Muertos que nos dicen de su vida

Para estudiar una población que vivió desde hace casi cuatro mil años necesitamos acceder a un número representativo de sus miembros. Las excavaciones realizadas hasta la fecha en “cerritos de indios” han permitido

recuperar un número importante de esqueletos humanos, pero su cantidad está aún muy lejos de darnos un panorama completo y acabado de cuántos eran, cómo eran físicamente, cuántos años vivían, qué enfermedades los afectaron.

Pese a ello tenemos indicios en algunos casos sorprendentes, de distintos aspectos físicos y sociales de esta población humana. Los hombres presentan un aspecto robusto, son altos (1,65 metros aproximadamente), con huesos gruesos y pesados e inserciones musculares fuertes. Las mujeres, en cambio, son bastante más bajas, de huesos ligeros y cuerpos más gráciles. Muchos de los enterramientos corresponden a individuos mayores de 40 años, lo que sugiere una expectativa de vida muy alta. La longevidad es concordante con un estado sanitario en general muy bueno. Sólo aparecen registradas en los esqueletos algunas afecciones menores (caries en baja incidencia y deformaciones vertebrales) y signos de accidentes como la fractura de una clavícula.

Los enterramientos también nos proporcionan indicios de otros aspectos de la vida de estas poblaciones prehistóricas. No sabemos cuántos de los que morían eran enterrados en “cerritos”; quizás todos o sólo unos elegidos dentro del grupo. El resto pudo ser enterrado en lugares que no hemos encontrado o en condiciones que no permitieron su conservación.

Para aquellos enterrados en el “cerrito”, esta última morada no se distinguió por sexo o edad. Hay enterramientos de hombres, mujeres y niños...

Algunos de los esqueletos humanos, comparados con el resto, exhiben una peculiar forma de enterramiento. Ello indica una atención especial hacia esos muertos, manifiesta en la cantidad de trabajo y cuidado dispensada en su inhumación.

Técnicamente los llamamos “paquetes funerarios”. Son cuerpos que luego de haber perdido las partes blandas (posiblemente enterrados) fueron recuperados (desenterrados) y colocados, con gran cuidado, en algún tipo de contenedor que no se conservó (quizás una gran cesta de fibra vegetal o una bolsa de cuero). Hoy encontramos un grupo de huesos sumamente ordenados; los huesos largos de piernas y brazos colocados juntos y paralelos, las costillas en un extremo del conjunto, los huesos planos por debajo y a los costados, el cráneo fracturado en múltiples pedazos, algunos dientes cuidadosamente depositados en la cavidad de un coxal.

Las condiciones de enterramiento nos hablan de las circunstancias de la muerte y/o de la posición social del individuo durante su vida. Es muy posible que estos grupos ya tuvieran cierto grado de diferenciación social interna, la cual se lograba por las habilidades y acciones del individuo durante su vida. Es muy probable que estos enterramientos singulares correspondan a individuos de gran prestigio dentro del grupo.



Cráneos fracturados

Todos los enterramientos secundarios, todos aquellos en que no se presentan las piezas óseas articuladas en el orden correspondiente al cuerpo del individuo durante la vida, sean “paquetes” o no, muestran una peculiar costumbre: fracturar en múltiples piezas el cráneo del muerto. No sabemos cuál era el motivo, pero muchas son las prácticas que ensayan los seres humanos para asegurar que los muertos no vuelvan al mundo de los vivos.

Midiendo tiempo, contando átomos

Hace más de un siglo que los arqueólogos se han separado claramente de los anticuarios. Desde entonces, el arqueólogo no evalúa los objetos que recupera por su vejez o por su rareza. Establecer el “cuándo” le permite construir sucesiones y proponer relaciones entre hechos o fenómenos; es la base imprescindible para reconstruir la historia.

También en Dinamarca

Jens Jacob Asnussen Worsaae, uno de los padres de la arqueología moderna, refiriéndose a los montículos de su país, Dinamarca, escribió en el año 1843:

“En general es de desear que los antiguos túmulos pertenecientes a la época pagana no se abran ni se destruyan. En algunas zonas del país aparecen en tal abundancia que constituyen un serio impedimento para la agricultura... De todas formas merecen ser protegidos y conservados en el mayor número posible de los casos. Son monumentos nacionales que, como puede decirse, cubren las cenizas de nuestros antepasados, y por esta razón son un patrimonio nacional que ha ido pasando durante siglos de una raza a otra. ¿Destrozaremos, pues, sin miramiento alguno aquellos venerables restos de tiempos antiguos, sin ninguna consideración hacia nuestros descendientes? ¿Quebraremos la paz de los muertos para lograr unos frutos exiguos? [...] no existen incentivos para abrir los túmulos. Lo único que puede proporcionar aliciente para ello es el deseo de conseguir información respecto a la historia antigua de nuestros ancestros. Pero incluso las investigaciones [...] deberán de ser realizadas con gran cuidado y por gente inteligente que sepa utilizar los objetos descubiertos en provecho de la ciencia...”.

La primera indicación temporal en las excavaciones arqueológicas está dada por la posición estratigráfica de los objetos: a mayor profundidad, mayor antigüedad.

Durante mucho tiempo este principio de la superposición de los depósitos fue la única herramienta con que contó la arqueología para ordenar sus hallazgos. Hubo que esperar hasta el descubrimiento de la radioactividad y la llegada de la era atómica para disponer de cronómetros más precisos.

La técnica radiométrica más utilizada en la arqueología americana es el *carbono 14* o *radiocarbono*.

El carbono 14 se forma continuamente en la alta atmósfera. La cantidad de este isótopo se mantiene estable en la atmósfera al establecerse un equilibrio entre su producción y su desintegración. Las plantas lo incorporan por fotosíntesis y los demás seres vivos por la ingesta de vegetales. Los seres vivos mantienen un equilibrio con los niveles constantes de carbono 14 de la atmósfera, y todos llegan a tener cantidades relativas muy similares de este isótopo. Al morir, cesa el intercambio con el medio y los niveles originales de carbono 14 comienzan a decaer a ritmo constante. Un resto de esos organismos, luego de 5.600 años, tendrá la mitad de los átomos de carbono 14 originales, luego de 11.200 años sólo contaremos con la cuarta parte, y a los 16.800 años sólo quedará la octava parte.

Un muy viejo amigo: perros prehispánicos

Dos esqueletos de perros (*Canis familiaris*) fueron recuperados durante las excavaciones realizadas en el sitio CH2D01, ubicado al norte del Bañado de San Miguel. Estos cánidos son la primera prueba directa de domesticación de animales en sociedades indígenas para nuestro territorio y la confirmación de la presencia del perro antes de la llegada de los europeos.

Uno de ellos ha sido enterrado fuera de los dos cerritos que se construyeron en este sitio, y el otro en la parte central de uno de los montículos, muy próximo a donde se encontraban otros enterramientos humanos. El gesto indica elocuentemente el vínculo social mantenido con estos animales domésticos, que seguramente trascendía su natural importancia, en sociedades cazadoras, como ayuda en la procura de alimento.

Muchos grupos indígenas americanos poseían perros; posiblemente ellos acompañaron a algunos de los primeros grupos de cazadores que cruzaron el Estrecho de Bering en los momentos más tempranos de la prehistoria americana. Para Norteamérica se han computado 245 culturas autóctonas que criaban este animal. Para Sudamérica tenemos datos menos precisos, pero sabemos de su presencia, entre otros, en grupos de Patagonia, de Tierra del Fuego, de la costa de Brasil y de la región andina. Dentro de estas culturas los cánidos han proporcionado a sus dueños cariño y compañía, calor corporal - fundamentalmente durante las noches-, han cumplido servicios como centinelas, protegido la propiedad, intervenido en la guerra, han sido efectivos medios de transporte (recordemos los trineos esquimales), ayudado en las tareas de la caza y también en la limpieza del campamento, comiendo los desperdicios.

Algunas sociedades llegaron a comerlos en épocas de escasez, pero no era esta una costumbre frecuente donde había una oferta natural de animales que aportaban mayor cantidad y calidad de carne.



Restos de cánidos recuperados del sitio CH2D01, en el Bañado de San Miguel. Uno de ellos procede de una capa datada para el s. IX d.C.

Asimismo, en los grupos que no tenían que ver al “mejor amigo del hombre” como alimento, y donde éste podía cumplir plenamente con otras funciones, se le daba un trato similar al de los humanos luego de su muerte.

El final de esta historia



Llama la atención la falta de documentación, de testimonios y relatos escritos sobre los “indígenas constructores de cerritos” luego de la llegada de los europeos. Sin embargo, a través de las evidencias arqueológicas sabemos que esta cultura sobrevivió hasta después del siglo XVI: las últimas etapas de construcción de los algunos cerritos se realizaron en ese tiempo. A su vez, la presencia de material europeo (losa, metal, huesos de vacunos) dentro de los niveles superiores de otros montículos, junto a los elementos indígenas tradicionales, confirman que la tradición cultural de construir cerritos llegó hasta el comienzo de nuestra “historia occidental”.

Resulta difícil explicar en términos antropológicos tanto la falta de documentación escrita como la desaparición de este modo de vida en los momentos tempranos de la colonización europea. Una tentativa de explicación puede ser la siguiente.

Es probable que muchos indígenas de la Banda Oriental hayan visto un caballo o una vaca antes que a un español o portugués. Es muy posible que la relación que establecieron con estos recién llegados de cuatro patas haya sido más revolucionaria para sus formas de vida, en los momentos iniciales del contacto, que los esporádicos encuentros con los bípedos barbados. Principalmente, la asimilación del caballo como un increíble medio de transporte, un formidable elemento de combate y una no

despreciable fuente de alimento hizo que los sistemas económicos tradicionales se modificaran drásticamente y, con ello, todo el sistema sociocultural tradicional. Estos grandes cambios que se dieron en “las pampas” son análogos a los que ocurrieron en las planicies de Estados Unidos. La vida de sus habitantes era distinta, mucho más pacífica y sedentaria, antes de ser indios ecuestres.

Quizás hubo otro elemento que intervino para la repentina desaparición de los constructores de cerritos de la Cuenca de la Laguna Merín: los bandeirantes. Estos grupos portugueses eran esclavistas que alimentaban con mano de obra indígena los plantíos de la región San Pablo. Sus incursiones diezmaron a numerosas poblaciones indígenas. En respuesta los grupos migraron, se dispersaron y fueron asimilados por otras parcialidades. Sabemos que el accionar de los bandeirantes llegó hasta muy cerca de nuestras actuales fronteras y afectó a las poblaciones que habitaron el norte de la Cuenca de la Laguna Merín. Si es correcta nuestra suposición -que los constructores de cerritos fueron objeto de sus “razzias”- ello confirmaría algunos aspectos de su vida que reconstruimos a partir de los datos arqueológicos. Los esclavistas siempre eligieron zonas de densidad demográfica alta y de agregación de poblaciones para hacer más efectiva su peculiar colecta.

Las excavaciones arqueológicas del Potrerillo de Santa Teresa

En junio y julio de 1995 un equipo de arqueólogos inició las excavaciones en dos cerritos de indios situados en el Potrerillo de Santa Teresa, un predio de 715 hectáreas, propiedad estatal, administrado en forma coordinada por PROBIDES y DINAMA (Dirección Nacional de Medio Ambiente del Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente).

Ubicado sobre la costa norte de la Laguna Negra, en el departamento de Rocha, forma parte del Área Protegida de la Laguna Negra.

El Potrerillo se conecta también al más amplio sistema de esteros y bañados del extremo suroeste de la cuenca de la Laguna Merín. Al norte y a través del Arroyo de Los Indios, el Bañado de Santa Teresa se conecta con el Bañado de San Miguel. Remotamente separada del Océano Atlántico, la cuenca de la Laguna Negra posee la mayoría de los ambientes que caracterizan a la más amplia cuenca de la Laguna Merín (bañado, planicie con palmar y colina con monte serrano). Su estratégica ubicación, entre las tierras bajas y el litoral costero, le hizo jugar un rol importante en la ocupación territorial realizada por los cazadores-colectores prehistóricos que habitaron la región.



La estructura del sitio arqueológico de Potrerillo está constituida por los dos cerritos, una *zona de préstamo* y una serie de microrrelieves. Los cerritos se encuentran separados por unos cien metros y se ubican próximos a una depresión circular de unos 30 metros de diámetro y 35 centímetros de profundidad que los arqueólogos interpretan como producto de la extracción de tierra para la construcción del cerrito y por la llamada *zona de préstamo*.



Próximo a este conjunto se encuentra una serie de microrrelieves asociados a zonas deprimidas del terreno, de complicada percepción debido a que sus alturas son pequeñas (de entre 30 y 90 centímetros) y el pasto se encuentra muy crecido. Actualmente estos microrrelieves son objeto de un levantamiento topográfico y de distintos sondeos arqueológicos.

Paralelamente al reconocimiento de la estructura del yacimiento por la topografía, se realizaron excavaciones en los dos cerritos y sondeos en la zona próxima. La excavación del cerrito A, de mayor dimensión (30 metros de diámetro y 1 metro de altura) permitió

hallar un enterramiento humano en posición fuertemente flexionada y un enterramiento de un perro. Posiblemente estos dos enterramientos estén asociados, reafirmando algo ya conocido en la prehistoria rochense: el estrecho vínculo entre los cazadores y sus perros. Los hallazgos realizados confirman que estos cerritos tenían una clara función funeraria, constituyendo un área ceremonial del asentamiento prehistórico más amplio.

Los materiales arqueológicos recuperados permiten avanzar en el conocimiento de diferentes aspectos de la vida de los antiguos habitantes de Potrerillo. En el caso de las tecnologías de piedra tallada, si bien lógicamente predominan las materias primas locales, particularmente el cuarzo que aflora en los alrededores de la Laguna Negra, también se ha encontrado, por ejemplo, cuarzo de afloramientos de Santa Teresa y rocas graníticas de Cerro Verde, lugares relativamente alejados del sitio. En este sentido, particular interés presentan los escasos testimonios de rocas silíceas, posiblemente del centro o norte del país, raras en el sur pero preferidas por su calidad.

Entre las herramientas recuperadas se pueden reconocer -además de puntas de flecha y boleadoras, relacionadas directamente con la caza- raspadores y cuchillos, utilizados para el procesamiento de materiales.

Por su abundancia en el conjunto de todas las herramientas merecen mención especial las piedras con hoyuelos, conocidas en la zona como *rompecoquitos*. El yacimiento se encuentra en la planicie alta asociado a un palmar de *Butia capitata*.

En los niveles más superficiales y por lo tanto más recientes de este asentamiento prehistórico fueron recuperados restos de vasijas de cerámica. Esta cerámica, típica de la Cuenca de la Laguna Merín, fue fabricada con arcilla y arena fina y su cocción fue realizada en una atmósfera reductora, lo que le da una coloración gris oscura. Además de constituir un interesante señalador del nivel tecnológico de estas poblaciones, la cerámica es un señalador cronológico, ya que la aparición de esta tecnología en la región se realizó cerca del siglo III a. C. El uso de la cerámica permitió mejorar el procesamiento de los alimentos, así como su almacenaje.

Un capítulo aparte, entre los elementos recuperados en los cerritos, son los testimonios de fauna que ilustran con claridad las preferencias de captura de los cazadores prehistóricos. Por un lado, los testimonios señalan a una fauna desaparecida del área: grandes cérvidos, posiblemente pumas. Por otro lado, dan cuenta del conjunto de la fauna que aún habita en los diferentes ambientes del Potrerillo: roedores pequeños, nutrias, comadrejas, aves, guazú-birá, armadillos, etcétera.

El estudio -actualmente en curso- de estos materiales permitirá reconocer las especies, su presencia porcentual en la dieta de las poblaciones prehistóricas, el tipo de procesamiento culinario del que fueron objeto y, en alguna medida, la época del año en la que fueron cazados.

El sitio arqueológico de Potrerillo es similar a otros ubicados en el perímetro de la Laguna Negra, en una zona alta y con dominio visual sobre la laguna y sobre los otros cerritos. Al pie de estas colinas y próximos a la orilla de la laguna existen concentraciones superficiales de material arqueológico. En ese sentido, la investigación busca reconocer los patrones de conducta de los cazadores-colectores de Potrerillo y la organización espacial de esa conducta en el ciclo anual.

El proyecto del Potrerillo

Las excavaciones arqueológicas que se realizaron en junio y julio de 1995 se enmarcaron en la línea de una cooperación interdisciplinaria que tiene a la zona de Potrerillo como muestra privilegiada en la investigación ambiental. El conocimiento arqueológico y su peculiar dimensión cronológica pretende articularse y contrastarse con la información producida por el equipo de científicos de PROBIDES.

Uno de los resultados esperados es que la construcción de una base de datos arqueológicos paleo-ambientales contribuya a mejorar las acciones de manejo del área protegida.

Una muestra representativa del material arqueológico se exhibe en el Centro de Interpretación. En la muestra sobresale un bloque de tierra en que fue extraído el esqueleto de un perro.

El equipo de excavación está conformado por José M. López Mazz, S. Pintos, R. Suárez, C. Castiñeira, J. Iriarte, C. Gianotti, O. Marozzi, I. Capdepon, V. Buffa, F. Moreno, A. Escofet y A. Florines, apoyados por L. Guasque, D. Roibal y C. Acosta.